yes de España, y habiendo recaído en ellos desde el 1500, la por ellos nunca perdida primogenitura de la Casa de Borgoña, creadora del Toisón.

La fácil demostración de ese derecho histórico, quedará para un segundo artículo.

24 diciembre 1921.

ELÍAS TORMO.

(Continuará.)

II

MARIANA DE NEOBURGO Y LAS PRETENSIONES BÁVARAS A LA SUCESIÓN ESPAÑOLA

(Continuación) (1).

III

Desde la paz de Ryswick hasta la llegada de Harcout a Madrid

Luis XIV y Guillermo III comenzaron a preparar la paz el año 1691 en Delft; pero las negociaciones no se iniciaron sino el 2 de abril de 1697 en el castillo de Ryswick, próximo a Delft, ausente todavía el Embajador imperial. No son los trabajos de la Conferencia el objeto de nuestro estudio; pero importa recordar que meses después de haberse entablado las conversaciones, seguía Doña Mariana procurando la continuación de la guerra por servir al Emperador, mientras Harrach continuaba los tratos acerca de la sucesión y del transporte de tropas. La Condesa de Berlepsch le aseguraba que el Cardenal estaría dispuesto «a tomar en la sucesión la causa del Archiduque si el Rey se inclinaba a ella y la Reina le conseguía la Grandeza de España para su primo el Conde de Palma» (2).

En realidad, Portocarrero no pensó jamás en secundar al par-

---

(1) Véase BOLETÍN, tomo LXXX, cuadernos I y II, págs. 28 y 167.

(2) *Tagebuch*, 21 de julio de 1697.

tido austriaco. El negocio del transporte de las tropas tampoco transcendía de las palabras a los hechos. La Cancillería de Viena, tan reacia en enviar socorros, deseaba también impedir que las tropas bávaras supliesen la falta de las imperiales; porque, en efecto, el Elector de Baviera, enterado por Bertier y por sus espías de la actitud del Emperador, ofreció su apoyo al Rey de España en el caso de decidirse por la continuación de la guerra. Harrach tuvo noticia de ello, puesto que escribía: «Se comenta aquí el mal estado de Barcelona, y se dice que el consejo secreto ha pedido al Rey que aumente las fuerzas que guarnecen a Cataluña, valiéndose de tropas imperiales, únicas que son de desear... El Elector de Baviera ha ofrecido enviar las suyas, pero aquí prefieren a las imperiales por ser más seguras y más parecidas a las españolas, puesto que son todas de la Casa de Austria» (1).

También de Bruselas llegaron estos mismos rumores, que descubrían los planes del Gobernador de los Países Bajos, y Kaunitz dió cuenta de ellos repetidamente al Emperador y a Harrach, llamándoles la atención sobre su importancia. Baviera podría recuperar la predilección de que en otros tiempos gozó entre los españoles, y el reciente testamento demostraba el peligro que esto constituía para los Habsburgo. Nada se hizo en Viena, no obstante, para ayudar a la Reina en su política austrófila, que se consideraba allí como cosa natural y hasta obligada. No se llegaron a reunir los subsidios indispensables para el envío de tropas, y quedó todo reducido a palabras, mientras subsistía el temor de que Baviera tomase el asunto por su cuenta (2).

---

(1) *Tagebuch*, 22 de julio de 1697.

(2) «Parece ser que Baviera lo remueve y lo promete todo para conseguir la sucesión a favor del Príncipe Electoral. V. E. podrá comprobarlo mejor *in loco*, y yo no dejaré de comunicarle los *particulares* que averigüe.» (Kaunitz a Harrach. El Haya, 27 de junio de 1687.)

«Parece cierto que el Rey de España ha pedido a Baviera que le envíe 2.000 hombres a Cataluña, lo cual da mucho que pensar.» (Kaunitz a Harrach, 11 de julio de 1697.)

«Ignoro quién habrá hecho Barón a Bertier, a quien he conocido mal Secretario francés, dándose por muy contento de poder entrar al servicio

Lo mismo que Kaunitz, escribió el propio Leopoldo a su Embajador, encareciéndole el peligro que implicaba la actitud de Baviera (1).

El peligro no era en realidad tan grande como parecía, porque el Consejo de Estado, lejos de desear tropas extranjeras, bávaras o austriacas, no tenía otra aspiración sino la de conseguir pronto la paz. Lo que Harrach concertaba con la Reina carecía de eficacia, porque no era obstáculo para que prosiguiesen las negociaciones de Ryswick entre Francia y las potencias marítimas. Ya lord Portland, representante de Guillermo III, había celebrado varias entrevistas con el plenipotenciario francés Boufflers (2). Se hizo correr la voz de que el Emperador veía con agrado estas pláticas, no obstante mantenerse él todavía apartado de ellas (3). Los Ministros españoles entorpecían cuanto les era posible la acción de la Reina y de Harrach, para tratar con el cual en concepto de «Comisario», se había designado a Portocarrero. Esperaba el Embajador que el Cardenal le fuese favorable y secundase los intereses de la Casa de Austria, ignorando que seguía incondicialmente adicto a Maximiliano Manuel, y que, además, su odio a Doña Mariana le empujaría siempre hacia el partido contrario al de la Reina. Harrach escribe, sin embargo, muy satisfecho, que «ha creído bueno ganar al Cardenal antes

---

de Baviera. Celebro mucho que V. E. haya frustrado su *conato* en la materia consabida, para pro de los intereses imperiales.» (Kaunitz a Harrach, 8 de agosto de 1697.) Tomados de Gaedeke. *Op. cit.*, tomo I, Apéndice, páginas 88, 90 y 92.

(1) «No resolverá el asunto que Baviera envíe a la Corona de España 4.000 hombres; y como según parece dispone ya de 2.000, y está, en efecto, en tratos con Holanda para su transporte, os lo advierto para que insistáis en lo que os tengo recomendado.» (El Emperador a Harrach, 3 de julio de 1697.) Gaedeke, tomo I, Apéndice, pág. 29.

(2) «Ha llegado un correo de M. de Boufflers que da parte al Rey de la tercera conferencia que ha tenido con Milord Portland; estas conferencias tan frecuentes son buen auspicio de paz.» (Dangeau, *Journal*, tomo VI, 22 de julio de 1697.)

(3) «El Emperador ha consentido, por fin, que se trate la paz en Ryswisk, castillo situado entre Delft y el Haya, arreglado con este fin. Las conferencias debieron de comenzar el jueves pasado.» (Dangeau, *Op. cit.*, tomo VI, pág. 116, 11 de mayo de 1697.)

que a la Reina, y que con el fin de evitar que el Almirante gobierne solo, gestiona la rehabilitación del Conde de Oropesa, porque cuando los cuatro estén juntos, nadie les podrá resistir y se llevará a término feliz el importante negocio» (1).

Pero lo único que consiguió fué el nombramiento de Landgrave para «Gobernador de las armas de Cataluña». Cooperaba así a la continuación de la guerra, porque el Príncipe de Hessen realizó, en efecto, los mayores esfuerzos para prolongar la resistencia de Barcelona (2).

Todavía el 15 de agosto imploraba Harrach de Portocarrero que no se concertase la paz separada, mucho más nociva, a su juicio, que la pérdida de Barcelona, como que podría ser la ruina total de la Monarquía española. Pero ese mismo día se recibió la nueva de la rendición, y poco después se cantaba en París el *Te Deum*, por orden de Luis XIV, para quien era indudable el ya próximo advenimiento de la paz.

La capitulación de Barcelona se firmó el 11 de agosto de 1697 (3) y pecó de prematura, porque de haberlo querido el Virrey, se habría podido resistir mucho más tiempo. El Landgrave desahogó su indignación en una carta a la Condesa de Berlepsch. La Reina, consternada, se afligió sobremanera, temerosa de que se la culpase del desastre por haber impedido la paz en tiempo oportuno (4). Deshecha en lágrimas la dice en sus cartas la Gudaña, y Standhope, con fría sagacidad británica, pronostica que, no obstante sacrificar ella sus alhajas y el Cardenal los tesoros de la Iglesia, antes de dos meses se habrá firmado la

---

(1) *Tagebuch*, 31 de julio de 1697.

(2) «Los de Barcelona escriben muy decididos a defenderla con trincheras calle por calle, hasta el último hombre; y todos cuentan maravillas del Príncipe de Hessen, que está en todas partes para animarlos.» (Standhope, 1.º de agosto de 1697.)

(3) Parte de Villanueva al Almirante de 15 de agosto de 1697. (Madrid, Archivo Histórico Nacional, legajo 3.259.)

(4) «Encontré a la Reina muy acobardada, y me pareció que había llorado; le dije lo que había hecho desde mi última audiencia y... ella me contestó que se murmuraba de ella y de mí porque habíamos impedido el retorno a la neutralidad...» (*Tagebuch*, 18 de agosto de 1697.)

paz. Como único consuelo recibió Harrach la noticia de que el Rey había escrito al Emperador rogándole que enviase a Madrid al Archiduque.

Se trataba, en realidad, de un mero cumplido para dar gusto a la Reina, porque simultáneamente se pedían 10 a 12.000 hombres que ni la Hacienda española ni la imperial podían sostener (1).

La caída de Barcelona avivó, como se presumía, los anhelos de paz. Los Ministros encontraron moderadas las proposiciones francesas y siguieron con gran atención las negociaciones de Ryswick, en las que Luis XIV extremaba la transigencia, deseoso de atraerse la voluntad de los españoles en pro de la candidatura de un Príncipe francés y de llegar pronto al restablecimiento de las relaciones diplomáticas, que le permitiría contrarrestar en Madrid la influencia de Doña Mariana. Como plazo para terminar las negociaciones había señalado el mes de agosto, pasado el cual consideraría nulas y retiradas sus ofertas (2).

Toda la energía de la Reina se estrellaba contra la voluntad del país, y sus instancias cerca del Rey, por servir al Emperador, no prevalecían contra los dictámenes contrarios de los Ministros (3). Estos aconsejaban el inmediato armisticio. Doña Maria-

---

(1) «Hace tres semanas que el Rey hizo declarar por sus plenipotenciarios en Ryswick que daba a los aliados la espera hasta fin de agosto para aceptar las proposiciones de paz que había hecho, después de lo cual, si no se hubiesen aceptado, qnedaría en libertad de modificarlas. S. M. juzga peligroso el estar comprometido cuando no lo está ninguno de sus enemigos. Todas las noticias de Holanda hacen suponer que las condiciones serán aceptadas, y nadie duda de la paz.» (Dangeau, tomo VI, pág. 167.)

(2) «Fuí recibido en audiencia por la Reina, y dije a S. M. el mal estado en que se hallaban los intereses del Emperador y lo que había hablado con los Ministros y el Cardenal. Me contestó que veía muy bien que todo se embrollaba; que ella no dejaba de la mano al Rey; pero que luego venían otros y le cambiaban...» (*Tagebuch*, 24 de agosto de 1697.)

(3) «El Rey de España no se decidía a nombrar heredero al Archiduque; mucho menos a hacerlo venir a Madrid. Acosado y fatigado al fin por las instancias importunas de la Reina, prometió llamar a España al Archiduque si el Emperador le enviaba al mismo tiempo 10 o 12.000 hombres de sus tropas para defender Cataluña... Los ministros del Empe-

na, la prosecución de la guerra. Veía Harrach muy malparada la causa imperial y sugería, como único remedio, la modificación del Consejo de Estado. Pero ni aun entonces se resignó Doña Mariana al retorno de Oropesa, que hubiese sido olvidar sus rencores personales en aras de sus propósitos políticos. Creyó, sin duda, vencer sin el auxilio del desterrado; y se equivocó, porque, en verdad, era ya tarde para hacer fracasar las negociaciones de Ryswick.

El único punto litigioso era la suerte del Luxemburgo; Luis XIV reclamaba para sí este país. Se oponía a ello el Emperador, y aun antes de la caída de Barcelona había recomendado a la Reina que no transigiese nunca con la cesión del Luxemburgo. Quirós, Embajador español en El Haya, mantenía, en efecto, enérgicamente este dictamen. Kaunitz instaba para que Juan Guillermo apremiase también a su hermana, reforzando las recomendaciones imperiales (1). No fué difícil convencer al Elector palatino, que de tiempo atrás disputaba ese territorio a su rival el Elector bávaro, y trabajaba con su hermana para que las tropas que allí se enviasen fuesen suyas y no de Maximiliano Manuel, al par que secundaba en Viena la petición de refuerzos hecha desde Madrid (2).

---

rador pretendieron que el Rey de España sufragase este costo, porque su hacienda no lo permitía; y este Monarca creyó haber hecho bastante por el Emperador asegurando al Archiduque la posesión de sus Estados, sin costear, además, los gastos de una expedición de la cual el Emperador y su hijo recogerían todo el fruto.» (Torcy, tomo I, pág. 25.)

(1) «Nada sería tan funesto al Rey de España como que esa fortaleza (Luxemburgo) y la provincia entera quedasen en manos de los franceses. Por eso se ha opuesto a ello la Embajada imperial, y hace constantemente cuanto puede por evitar esa desgracia, como también todos los Ministros del Imperio aquí presentes. Yo he enviado a mi Secretario al Palatinado para que el Elector escriba de su propia mano esto mismo a S. M. la Reina de España y con gran empeño.» (Kaunitz a Harrach, 8 de agosto de 1697. Gaedeke, tomo I, Apéndice, pág. 93.)

(2) «Puede usted imaginar cuanto me entristece la desgraciada entrega de Barcelona. Lo peor es que Corona tan poderosa se amilane de tal modo que después de haber sufrido una desgracia tan grande, sean sus plenipotenciarios quienes intenten precipitar la paz más que los restantes aliados, y para rescatar a Barcelona de manos de los franceses

Lo cierto es que el Embajador español en Holanda, D. Francisco de Quirós, se opuso tenazmente a la cesión del Luxemburgo; pero su energía disgustó a los Ministros de Madrid, deseosos de llegar cuanto antes a la paz.

Una carta del Secretario de la Embajada imperial en España, Adam Selder, al Landgrave de Hessen nos descubre cuan hostil la Quirós era el ambiente de la Corte, donde los forcejeos del Embajador se consideraban contrarios al interés nacional (1).

---

expongan a toda la Monarquía española a mayores pérdidas. Lo mismo acontece con el Luxemburgo respecto de los Países Bajos españoles y otras comarcas; por eso pido a usted de nuevo influya con S. M. para que no abandone Luxemburgo a la Corona de Francia, sino que ya que ofrecen su restitución la acepte sin titubear. Gestione también que S. M. I. refuerce con 10.000 hombres los 10.000 destinados a España.» (Juan Guillermo a la Condesa Berlepsch, 14 de septiembre de 1697.)

«Después de hecha la paz se habla aún de Luxemburgo, y mucho me temo que corra todavía peligro; porque no ignoro que quienes nos quieren mal trabajan para que vaya a manos de los franceses, pues para su devolución a la Corona de España no se ha dado el menor paso por parte de España.» (Idem íd., 9 de septiembre de 1697. St. A., caja a., 49/14.)

«Después de Ryswich, tenía Quirós la orden de hacer ocupar el Luxemburgo por tropas del Palatinado; pero Maximiliano Manuel lo impidió y ocupó esa provincia con sus propias tropas. España no protestó no obstante las instancias de Juan Guillermo. La Corte de España no se mostró ofendida por este menosprecio de su autoridad, bien porque temiese irritar a las dos potencias marítimas, o porque el gran crédito del Elector cerca de los Ministros consiguió que guardasen silencio sobre el asunto.» (Targe, *Histoire de l'avénement des Bourbons au trone d'Espagne*. París, 1772, tomo I, páginas 83 y 84.)

(1) «Por el Proyecto de paces comprenderá V. A. el camino que se lleva ya andado entre Inglaterra y Holanda de una parte y Francia de la otra. La precipitación de las dos potencias marítimas ha sido tanto mayor cuanto que la pérdida de Barcelona era inevitable, y no han hecho nada para evitarlo. Este último contratiempo se habría remediado si no hubiese tanto deseo de hacer la paz; de la cual lo único que se espera es que el Rey de Francia devuelva la provincia de Luxemburgo con el Condado de Chimay a cambio de algo equivalente. La Majestad Católica ha decidido abstenerse, enviando dos expresos, uno por tierra y otro por mar. Sobre el punto del Luxemburgo se entienden muy bien el Rey Guillermo y el Elector de Baviera; han impedido toda correspondencia entre esa provincia y el Rey de Romanos, para que el Elector, llegado el caso, pueda tomar más fácilmente sus medidas. Porque D. Francisco de Quirós ha sido el único que se ha opuesto; hasta que no se aclare este punto y no reciba órdenes expresas de su Rey, no quiere firmar la paz; el plenipotenciario

Se renovaba ahora la rivalidad entre Baviera y el Palatinado, que ya estalló con ocasión del Gobierno del País Bajo; y se temía la intervención de Maximiliano Manuel en el Luxemburgo, compartiendo la Reina el punto de vista de su hermano. Así lo revelan dos cartas de Juan Guillermo fechadas en enero de 1698. El 6 escribe que, por la muerte del Príncipe de Berg, queda vacante el dominio del Luxemburgo, y ruega a Doña Mariana que consiga del Rey la investidura para él, porque, de lo contrario, se la arrebatará Baviera; le recomienda el disimulo y le habla en favor de Quirós. El 19 insiste sobre el tema, añadiendo que la Reina conocerá ya, sin duda, los proyectos que el Elector de Baviera y Bergheik acarician respecto del Luxemburgo (1).

Cada día era la Reina más impotente para contrariar la voluntad de quienes querían la paz en Holanda y en España. Kaunitz escribe a Harrach el 22 de agosto de 1697 que no son sólo las potencias marítimas quienes la desean, sino también España, «que se resigna ya a aceptar lo convenido en Nimega, lo cual enorgullece tanto a los franceses que me temo pidan una compensación por ceder el Luxemburgo y la obtengan, si no logra impedirlo el gran crédito de V. E.» (2).

El Emperador, que no enviaba los refuerzos pedidos tantas veces, no tenía derecho a esperar que España continuase resistiendo por la sola voluntad de la Reina. De los forcejeos de Doña Mariana da fe su propio confesor el P. Gabriel (3). Pero Kaunitz

---

imperial protesta también; si no estaría ya firmada la paz. En el Consejo de Estado querían los Ministros condenar a muerte a Quirós por retardar la paz, no conformarse con Inglaterra y Holanda y poner a causa de esto a Cataluña en el mayor peligro. A S. M. la Reina se debe únicamente la buena obra de conseguir que el Rey apruebe la acción de Quirós por vía secreta, aunque públicamente le reprendió «con bel modo». (Selder al Landgrave, 31 de agosto de 1697. (Künzel, *Das Leben und der Briefwecksel des Landgraven Georg von Hessen Darmstadt*, pág. 138.

(1) Cartas de Juan Guillermo a Mariana. (Dusseldorf, 6 y 19 de enero de 1698. St. A., caja a., 46/14.)

(2) Gaedeke, tomo I, Apéndice, pág. 95.

(3) «Por experiencia cotidiana estoy persuadido de que se infiere al Rey y a la Reina un grave daño y se los empuja al hundimiento de esta Monarquía. S. M., mi Augusta Señora, se ha opuesto para conservar la

escribía indignado desde El Haya «que Quirós tenía orden expresa de no retrasar la firma de las paces, y que sólo por complacer a la Reina lo había demorado hasta entonces» (1). Gracias a él se conservaba el Luxemburgo, porque los Embajadores españoles—llegaba a decir—«recibían sus inspiraciones de Bruselas» (2).

Harrach empezó a dudar de la buena voluntad de Doña Mariana, sospechando que no le secundaba hasta donde podía. El 2 de septiembre registra por primera vez en su *Diario* una lamentación con caracteres de reproche. «El Almirante, la Condesa de Berlepsch y el Confesor gobiernan a la Reina, sin buscar sino sus propios medros.» El Confesor del Rey, Padre Matilla, no obstante ser adicto a la Reina, le ha reconocido que no se hace nada. «Todos hablan, pero nadie se aplica al remedio, y los mejores se encojen de hombros y callan.»

El único leal es el Landgrave de Hessen, quien en su copiosa correspondencia habla con toda claridad a Doña Mariana del pésimo estado de la Corte y del Gobierno. El 11 de septiembre de 1697, luego de pintar con sombríos colores la situación de Cataluña, aconseja a Su Majestad que envíe expresos al Emperador y al Elector de Baviera notificándoles que trabaja por la conservación del Luxemburgo, y la estimula a que use de su crédito más a menudo para evitar que se pierda todo.

Mas, pese a los esfuerzos de Doña Mariana, el 21 de septiembre de 1697 se concertaba en Ryswick la paz entre Francia, España y las potencias marítimas. El Embajador holandés la firmó a media noche, a las dos de la mañana el inglés y a las cuatro el español.

La perspectiva de la sucesión había inspirado a Luis XIV la máxima indulgencia para ganar adictos en España y poder com-

---

alianza a volver a la vergonzosa neutralidad; ha llorado, suplicado, escrito y trabajado más que todos los Ministros.» (Padre Gabriel al Landgrave Jorge, 31 de agosto de 1697. Künzel, pág. 139.)

(1) Kaunitz a Harrach. El Haya, 18 de septiembre de 1697. Gaedeke, Apéndice, pág. 97.

(2) Idem íd. El Haya, 3 de octubre de 1697. Ibidem, pág. 99.

petir en Madrid con el influjo imperial. España recuperó, casi en totalidad, los territorios del País Bajo y las fortalezas perdidas en la guerra: el Luxemburgo tan tenazmente defendido en Ryswick; con más, Chimay, Mons, Charleroy, Ath, Courtray y todas las plazas de Cataluña ocupadas por los franceses. Con razón califica Dunlop a este Tratado como el más ventajoso de cuantos concertó España en medio siglo (1), aunque el éxito feliz no se debió ciertamente a la diplomacia española, sino a la interesada benevolencia de Luis XIV.

La sucesión eventual de Carlos II fué el eje verdadero de las negociaciones. Cuando el Emperador supo que Maximiliano Manuel se movía de nuevo en defensa de sus derechos, y llegó hasta él el rumor de que negociaba secretamente con Francia y las potencias marítimas, se decidió a preguntar a éstas si, caso de morir el Rey de España, se avendrían a renovar el compromiso contenido en el artículo secreto del pacto de la Gran Alianza. No lo repugnaban Inglaterra ni Holanda, siempre que ello no sirviese para comprometer otra vez la paz. Mas por consejo de Harrach no prosiguieron estas negociaciones; ya que el Embajador en Madrid se decía seguro de conseguir, en tres meses, gracias al apoyo de la Reina, todos los encargos que se le dieron en sus instrucciones. Se proponía, sin duda, prolongar la guerra hasta la muerte de Carlos II y evitar de este modo la presencia en Madrid de un representante francés al ocurrir el suceso, bien advertido de cuanto más peligrosa era la competencia de Luis XIV que la de Maximiliano Manuel.

Pero la oposición del Gobierno español a la voluntad de la Reina y la rapidez con que Francia se puso de acuerdo con las potencias marítimas, desbarataron los planes de Harrach. La proposición francesa de 23 de julio de 1697, según la cual Estrasburgo y el Luxemburgo se canjearían por territorios equivalentes y se devolvería al Imperio todo lo perdido desde la paz de Nimega, pareció muy razonable a Guillermo III. Cuando vió

(1) Dunlop, *Memoirs of Spain during the reign of Philip IV and Charles II,* tomo II, pág. 280.

vacilar a los Embajadores imperiales hubo de achacarlo a mala voluntad; y todavía se explicó menos la pérdida de tiempo en España, donde la situación se agravaba por días. Crecieron las exigencias francesas: el Emperador debería optar antes de fin de agosto entre Estrasburgo o su compensación en otra parte. Animada Austria por la resistencia de Barcelona y confiando en la energía del Landgrave, dejó pasar el plazo señalado. Pero cuando cayó Barcelona y se hizo patente el anhelo de paz del pueblo español, amenazó Luis XIV con retirar todas sus ofertas si no obtenía contestación antes del 1.° de septiembre de 1697. Tampoco entonces se avino a contestar la Cancillería de Viena, animada por los exagerados optimismos del joven Harrach, recién llegado de Madrid, según los cuales la Reina lo arreglaría todo muy pronto a gusto del Emperador. Lejos, pues, de pensar en la paz, se comenzó a negociar con las potencias marítimas el transporte de tropas a España.

Luis XIV resolvió quedarse con Estrasburgo; ofreció, en cambio, Felipeburgo, Kehl y Altbrisach y puso de plazo para la aceptación hasta el 20 de septiembre de 1697. Aunque parezca inverosímil, Viena se siguió ocupando sólo del transporte de tropas, y Guillermo III, que en principio no era hostil al envío de refuerzos, perdió al cabo la paciencia.

Austria, que había dejado expirar también el plazo de septiembre, hubo de firmar el 31 de octubre de 1697 una paz mucho menos ventajosa que las ofrecidas anteriormente. Obtuvo, sí, lo perdido desde Nimega, salvo en Alsacia; logró que la Lorena se devolviese al Duque Leopoldo José; que Friburgo y Brisach se reintegrasen a Austria y Felipeburgo y Kelhl al Imperio, y que se arrasasen las fortificaciones francesas en la orilla derecha del Rhin y del Mosela. Pero Francia consiguió la Alsacia con Estrasburgo, inclusive, libre de todo feudo respecto del Imperio, y la aceptación por éste de todo lo pactado en Ryswick (1). He aquí

(1) Erdmannsdörfer, *Deutsche Geschichte vom westfalichen Frieden bis zum Regierungsantritt Friedrich des Grossen* (Berlín, 1892-93), tomo II, pág. 84.

cómo la prosecución de la guerra, con miras a la herencia española, costó cara al Imperio. Sin contar que, firmada la paz, mientras Luis XIV conservaba su ejército en armas, los demás beligerantes hubieron de licenciar sus tropas respectivas.

El Elector de Baviera fué de los primeros en desear la paz. Nada bueno se podía él prometer de la prolongación de las hostilidades, conocida la pésima situación de España. Si el Emperador llegaba a enviar las huestes que prometió, y merced a ellas se conseguía restablecer el equilibrio militar entre Francia y España, el partido austrico obtendría en Madrid un auge considerable; le sería ya fácil a la Reina conseguir la ida del Archiduque a la Corte española, y una vez considerado éste como heredero del trono, los más de entre los partidarios de Baviera se pasarían al bando imperial.

Tampoco sus ofertas de refuerzos eran realmente sinceras, sino ardid para demostrar a la Reina que el Emperador le privaba de servir más eficazmente que él los intereses españoles. Claro es que hubiese preferido la victoria sobre Francia, lograda merced al auxilio bávaro; pero ante la inminencia del descalabro español, juzgaba el mal menor una paz inmediata, que entre otras ventajas tendría la de disminuir la influencia del Emperador, privarle de enviar a España a su hijo y restarle no pocas simpatías.

Nuevos peligros amenazaban, en cambio, del lado francés. Cuando se reanudasen las relaciones diplomáticas, el representante de Luis XIV en Madrid se procuraría de seguro, por todos los medios, la adhesión de la Reina. Convenía, por consiguiente, a Maximiliano Manuel reconciliarse con Francia, con la que en otro tiempo había estado ya en óptimas relaciones, más aún que confiar en el favor de la Reina, resuelta partidaria del Emperador, como lo acababa de probar rompiendo el testamento que instituía al Príncipe bávaro. Lo eficaz sería aproximarse simultáneamente a la Reina y a Luis XIV.

El 25 de septiembre de 1697 participa Boufflers que el Barón Simeoni, enviado de Maximiliano Manuel, pregunta si firmada la paz por España no procede suspender en el acto las hostilida-

des (1); lo cual prueba que apenas el Embajador Quirós hubo dado cuenta al Elector del éxito feliz de las negociaciones, le faltó a éste tiempo para demostrar a Luis XIV su buena voluntad.

También se preocupó Maximiliano Manuel de hacerse grato a los ojos españoles, adelantándose a comunicarles la nueva de la paz, tan anhelada por ellos. Con toda celeridad despachó un correo para Madrid, y hasta gestionó en París que entretuviesen al correo español a fin de que el suyo le ganase la vez (2). Celo tan extremado por comunicar cuanto antes noticias gratas, prueba el afán de hacerse bienquisto en Francia y en España.

La noticia de la paz produjo en toda España extraordinario júbilo, al cual se tuvo que asociar la propia Reina. Supo siempre Doña Mariana disimular su enojo por el fracaso de sus planes y rehacerse pronto cuando perdía, para procurar sin demora la revancha. Esta vez tomó parte ostensiblemente en los regocijos y acciones de gracias, asociándose de este modo a la alegría del pueblo español (3). El 30 de septiembre de 1697 registra el

---

(1) «Por la mañana llegó un correo del Mariscal de Boufflers, que da parte al Rey de que el Elector de Baviera le ha enviado al Barón de Simeoni, gentilhombre de su Cámara, para saber si no tenía órdenes del Rey de hacer cesar las hostilidades, puesto que se había firmado ya la paz con España. El Barón Simeoni dijo al Mariscal que el Elector había visto el Tratado original, que el Conde de Quirós enviaba al Rey de España.» (Dangeau, *Op. cit.*, tomo VI, pág. 196.)

(2) «Esta mañana llegó un correo que el Elector de Baviera envía a España para llevar la noticia de haberse firmado la paz. Pasó cuatro horas después otro correo del Conde de Quirós, primer plenipotenciario de España; y el Elector ha hecho escribir que se entretuviera aquí algunas horas a este último correo para que el suyo llegue el primero.» (Dangeau, *ibídem*, pág. 195.)

«Por la noche, a las once, llegó un Ayudante del Mariscal de Boufflers; nadie duda de que trae la noticia de haberse firmado la paz el viernes en Ryswick, porque el Elector de Baviera la había anunciado ya por su cuenta.» (Dangeau, *ibídem*, pág. 194.)

(3) «... Ayer se ha celebrado aquí la fiesta de la paz, y Sus Majestades salieron en público. Todo el mundo está aquí muy contento con la paz, porque los españoles ya no quieren más guerra; el miércoles próximo van los Señores a Alcalá a visitar a San Diego, y después a la imagen milagrosa de Toledo, en cumplimiento de un voto hecho por Sus Majestades.» (Berlepsch a Juan Guillermo, 11 de septiembre de 1697, St. A., caja a., 59/14.)

«Diario» de Harrach, no sin cierta amargura, que Sus Majestades han ido públicamente al Santuario de Atocha para dar gracias por la paz.

Rudo era, sin embargo, el golpe que ésta había inferido a la causa austriaca, porque ya no era posible seguir pensando en el envío de tropas, que podrían ser después, llegado el caso, eficaces mantenedoras de los derechos de la familia imperial. Aun cuando el Emperador persistiese en el propósito de enviarlas, las potencias marítimas se negarían a encargarse del transporte. Guillermo III, que como aliado, hubiese accedido a ello durante la guerra, lo juzgaría ya inútil y hasta peligroso para la paz, que con tan general satisfacción se acababa de firmar. Era ya tarde para enmendar el yerro cometido en Viena, y hasta para conseguir que España organizase cumplidamente la defensa de su territorio. Se llegó a proponer la reducción del Ejército; pero apenas Harrach tuvo noticia de este proyecto, pidió con gran ahinco a la Reina que lo desbaratase enérgicamente.

El Landgrave de Hessen escribía a Doña Mariana el 4 de octubre de 1697, ignorando que era ya demasiado tarde, para conseguir por su mediación que prosiguiese la guerra y se hiciesen venir las tropas imperiales, «único medio de evitar el amenazador peligro», y recomendaba luego que aun en el caso de sobrevenir la paz, prosiguiese la Reina en el empeño de traer los esperados refuerzos. El miedo y la debilidad estaban, a su juicio, entregando a Francia la Monarquía española», con la mayor sumisión», y como la mala voluntad de los Ministros no consentiría nunca, una vez olvidado el peligro, que entrasen en España tropas alemanas, era urgente aprovechar la oportunidad para salvar al país, con el auxilio de la otra rama de la Casa de Austria.

¿A qué obedeció el fracaso de Doña Mariana? ¿Fué que no pudo o que no quiso servir al Emperador con eficacia proporcionada a las promesas terminantes que le había hecho? Aun cuando se la suponga desprovista de todo sentido político, nadie podrá creer que desconociese la grandísima importancia de las resoluciones que entonces se tomaron y la necesidad de emplear

todo su crédito en pro de la causa del Emperador, si de veras quería servirla. Se observa, no obstante, que la realidad no corresponde a sus palabras. Promete al Conde de Harrach seguir sus indicaciones, y para cosa tan esencial como el equilibrio político del Consejo de Estado, se niega a gestionar la vuelta de Oropesa, a que no se habían opuesto ni el Cardenal ni los demás Ministros, puesto que ya el año anterior lo procuró Portocarrero. Promete al Emperador que hará venir al Archiduque para proclamarlo heredero, y tampoco se reallza este proyecto. ¿Fué, acaso, duplicidad de Doña Mariana para favorecer a otro pretendiente? De un modo rotundo podemos afirmar que no. Con Francia no tenía a la sazón relaciones ningunas, y su hostilidad a Baviera era entonces patente. Si hubiese querido proteger a Maximiliano Manuel, habría perdonado a Oropesa, como lo hizo más tarde, cuando tuvo necesidad de él, y habría gestionado la aceptación de los ofrecidos refuerzos bávaros. Su única política fué, en aquella época, la de la Casa de Austria, y aunque la pospusiese, según costumbre, a su interés particular, aunque su ambición, que no era pequeña, estuviese supeditada a caprichosas veleidades, aun en las circunstancias más críticas, bastan para explicar lo sucedido las enormes dificultades que se le opusieron por la antipatía de los Ministros y la falta de resolución del Rey.

La culpa principal del descalabro de Ryswick recae sobre el Emperador y la Cancillería de Viena. Sus vacilaciones y sus regateos son incomprensibles en negocio en que se tramitaba nada menos que la suerte de la Monarquía española. La posibilidad de reconstituir la herencia íntegra de Carlos V, bien merecía la pena de algún sacrificio, por costoso que fuese; y durante la guerra ese sacrificio pudo ser tan solo pecuniario. Después de hecha la paz, se hizo ya más complejo y difícil.

Ponderadas las responsabilidades, la parte que alcanza a Doña Mariana es ínfima, si se la compara con la del Gobierno de Viena. No es extraño, pues, que la Reina, recordando lo mucho que se la exigió y lo poquísimo que se hizo para ayudarla, sintiese entibiado su celo por la causa de su tío el Emperador, y recela-

se para lo sucesivo que otra vez le pudiese faltar el apoyo necesario en el instante más crítico. Este antecedente es indispensable para comprender su conducta posterior.

El Embajador Harrach, sin desanimarse por lo perdido, se aplicó a salvar lo que aún estaba en pleito. No se le ocultó que la estancia en Madrid de un Embajador francés (escogido seguramente por Luis XIV, con el cuidado que las circunstancias exigían), iba a entorpecer su gestión con nuevas dificultades. Por eso no cesaba de amonestar a la Reina para que asegurase definitivamente a la Casa de Austria la herencia española.

Nada se decía sobre este asunto en el texto del Tratado de Ryswick; sólo la moderación de Luis XIV, patente en esas claúsulas, revelaba que los negociadores le habían tenido en cuenta. Tarde o temprano sería preciso volver sobre él, y ante la imposibilidad de resolverlo pacíficamente, los varios pretendientes recurrirían a la fuerza de las armas. Ninguna combinación diplomática, por sagaz que fuese, evitaría la conflagración.

El Emperador Leopoldo confiaba, como antes, en la adhesión de su sobrina, de la que creía estar seguro; no desistía del envío de tropas, preparando así la movilización para la próxima guerra; persistía en el propósito de que el Archiduque fijase su residencia en Madrid, y apremiaba a la Reina para que consiguiese la reorganización militar de Cataluña, encomendándola al Landgrave de Hessen, único capaz de quererla de verdad y realizarla resueltamente (1).

Mucho ayudó, para conseguir esto último, el sincero afecto que la Reina profesaba a su primo (2). El Landgrave estuvo en Madrid; explicó de palabra a Doña Mariana las reformas necesa-

---

(1) «He tenido audiencia y he recomendado a S. M. el armamento de Cataluña. Lo mejor sería nombrar Virrey al Landgrave Jorge porque reorganizaría el Ejército.» *(Tageluch*, 5 de octubre de 1697.)

(2) Las supuestas relaciones íntimas entre la Reina y el Landgrave de Hessen, son una infame calumnia, que el biógrafo Künzel desvanece valiéndose de la correspondencia que entre ellos se cruzó. Los enemigos de la causa austriaca saciaron, esparciéndola, el odio que les inspiraba la Reina alemana, distinguiéndose entre los calumniadores la Marquesa de Gudaña y San Simón.

rias, reforzó las recomendaciones de Harrach y obtuvo, como recompensa por su conducta en la pasada guerra, el Toisón de Oro con la grandeza de España. Ya el 10 de octubre de 1697 escribe a su madre, la Condesa de Berlepsch, que se le va a nombrar Virrey de Cataluña, prueba evidente de que la Reina lo estaba gestionando (1). Sólo ella, en efecto, podía conseguir que se exaltase de este modo al impopular Landgrave, alma poco antes de la resistencia contra la paz.

Durante algún tiempo estuvo la política encalmada en absoluto. La alegría por la paz recién alcanzada era demasiado general para que se aplicase nadie a prevenir la próxima guerra (2). Los comentarios versaban todavía sobre la pasada. El 9 de noviembre de 1697, escribe Harrach en su *Diario*, que por las cartas dirigidas al Rey, que le ha mostrado Doña Mariana, se ha podido convencer de que la retención del Luxemburgo y la negativa a cambiarlo por las compensaciones que los franceses ofrecían fueron obra personal de Quirós, a quien nadie se lo había ordenado.

También se alude, en esa misma fecha, a la carta de Juan Guillermo a su hermana, cuyo contenido revela que subsistía muy viva su rivalidad con el Elector bávaro. «Su Majestad—escribe Harrach—me dijo que el Eleclor de Baviera obra deslealmente; tiene tratos secretos con el Rey de Inglaterra y ha enviado confidentes a París para ofrecer al Rey de Francia los Países Bajos a cambio de esta Monarquía; y éste es el motivo de que quiera enviar aquí 10.000 hombres. Le contesté que si estas noticias eran ciertas, importaba mucho oponerse a sus manejos, y

(1) Carta de la Condesa de Berlepsch a la Landgravina Isabel Dorotea de 10 de octubre de 1697.

(2) «Esta Corte está tan llena de júbilo por la paz, mucho más ventajosa de lo que esperaba, que hace diez días no vemos ni oímos sino demostraciones de todo género. Sus Majestades salieron ayer por la tarde de gran gala, llevando en su séquito a casi todos los Grandes, para hacer sus devociones de acción de gracias a Nuestra Señora de Atocha; y vamos a tener una fiesta de toros el 24 de este mes, lo cual, como sabe V. S., es el *non plus ultra* de los festejos para los españoles.» (Carta de Standhope de 11 de octubre de 1697.)

que el mejor medio sería hacer venir los 10.000 hombres de Vuestra Majestad.»

También la Condesa Berlepsch escribe, con la misma fecha, al Elector palatino: «El Consejo secreto está indignado contra Quirós, y el Duque de Montalto propuso que se le arrestase y aun que se le cortase la cabeza. Este mismo Duque ha tenido el atrevimiento de decir en público que la Reina era una perturbadora y que Quirós tenía órdenes secretas suyas de no firmar y hasta de rechazar la paz... Baviera tiene aquí mucho partido, y se murmura que está al habla con Francia para cederle su actual Gobierno a cambio de la Corona de España. El Rey se dice ignorante de todo; la Reina, en cambio, procura hacerle confesar lo que sabe, aunque es posible que, en efecto, no sepa nada. Se dice también que Baviera insiste en enviar cuanto antes sus 10.000 hombres y que Inglaterra secunda sus proyectos, negándose a transportar los soldados del Emperador. Esto parece una casa de locos, y le aseguro a Vuestra Alteza, aunque con la mayor reserva, que si no fuese por el miedo relativo que S. M. la Reina inspira hace tiempo que habrían arrancado la Corona de la cabeza del Rey» (1).

En términos tan claros como crueles descubre esta carta la hostilidad de la Reina a los vastos planes de Baviera, que afectaban al porvenir de todo el territorio español.

También la contestación de Juan Guillermo contiene párrafos que merecen ser transcritos: «No me parece—decía—que convenga al Rey de España guarnecer el Luxemburgo con tropas holandesas, de las que acaso disponga Baviera un día contra los intereses de Su Majestad para sostenerse en el País Bajo, con el auxilio de Inglaterra y Holanda, que preferirían, indudablemente, la vecindad de un príncipe débil, como el bávaro, a la de un Estado poderoso, como el español. No le han de faltar a Su Majestad medios de cubrir aquella guarnición sin tanto peligro, y, desde luego, dispone no sólo de mis tres batallones, prontos ya para

(1) Carta de la Condesa de Berlepsch a Juan Guillermo, 9 de noviembre de 1697. (St. A., caja a., 59/14.)

marchar allí, sino del resto de mis tropas, que pongo, con mucho gusto, a las órdenes de Su Majestad. He comunicado a Baviera la noticia de estar aquí listos esos tres batallones, preguntando cuando los debo enviar al Luxemburgo, y aguardo ahora la respuesta. Sospecho que la presencia de mis tropas le será tan poco grata como lo sería el nombramiento del Conde de Eltern para Gobernador. Cada día se conocen más detalles de los peligrosos tratos entre Baviera e Inglaterra, y pienso si no debía quizá Su Majestad adoptar una resolución enérgica para ponerlos término, sin escrúpulos en cuanto al modo, ya que Baviera trata evidentemente de apoderarse de los Países Bajos» (1).

No podía Juan Guillermo pedir con mayor claridad para sí la plaza ocupada por Maximiliano Manuel.

Examinemos ahora cuales eran, en verdad, las relaciones del Elector bávaro con las potencias marítimas y con Francia. Las escabrosas circunstancias de la política interior inglesa y las dificultades parlamentarias con que tropezaba inclinaron resueltamente hacia la paz el ánimo de Guillermo III. Si la sucesión española no se pudiese arreglar en paz, era preciso, a lo menos, retrasar la guerra todo lo posible. La incorporación de España a los dominios franceses o a los austriacos desnivelaría el equilibrio europeo en términos inadmisibles, mientras que si subiese al trono español un Príncipe poco poderoroso quizá lograse él mantener la paz entre el Rey de Francia y el Emperador. Por estos motivos se inclinaba Guillermo III a la solución bávara del litigio sucesorio español, reforzando su buena voluntad la cordialidad de sus relaciones con Maximiliano Manuel y de las de éste con Holanda, circunstancia que permitiría en lo porvenir intensificar el tráfico comercial entre los tres países, con provecho de todos. Para el Rey de Inglaterra, además, los derechos legales de Maximiliano Manuel al trono español eran más claros que los de sus émulos.

---

(1) Carta de Juan Guillermo a la Condesa de Berlespch. Düsseldorf, 16 de diciembre de 1697. (St. A., caja a., 59/14.)

La cláusula secreta del Tratado de la Grande Alianza había caducado en Ryswick, y aunque Guillermo III repugnase, como era lógico, decidir por sí el pleito de la sucesión española, cuando supo que, merced a la influencia de Doña Mariana, ganaba terreno el partido del Archiduque, pensó asegurar para siempre la posesión de los Países Bajos a su amigo Maximiliano Manuel. Apenas firmada la paz, el Elector de Baviera envió al Conde de Bergheik a Loo, como representante suyo cerca del Rey de Inglaterra. Allí se encontraban ya el Pensionario holandés Heinsius y Dyckveldt. Examinado el tema, se convino dejar al Emperador la herencia española, salvo el País Bajo, el cual quedaría a perpetuidad bajo el Gobierno de Maximiliano Manuel; pero no se firmó Tratado ninguno entre el Rey de Inglaterra y el Elector de Baviera.

Falto del apoyo de la Reina de España, buscó también Maximiliano Manuel el de Francia, seguro del ascendiente que Luis XIV alcanzaría en la Corte de Madrid apenas se normalizase la situación diplomática. El Monarca francés rehuyó prudentemente todo compromiso, alegando que no podía contraer ninguno, mientras no reanudase las relaciones interrumpidas por la guerra; ya que, además, el estado de salud de Carlos II, alejaba de momento la preocupación de un conflicto inmediato (1). De este modo ganaba tiempo, reservándose la posibilidad de una inteligencia con el bávaro si así convenía a sus intereses.

La incertidumbre de Luis XIV provenía de que ninguno de sus confidentes en España, los Padres Duval y Blandinière, le

(1) «El Elector buscó también la protección del Rey de Francia, y suplicó a S. M. que le informase de sus intenciones respecto de la monarquía española. El Rey sin negarse a contestar, respondió que la guerra había interrumpido durante nueve años toda relación entre Francia y España, y que antes de trazar planes se había de enterar particularmente del estado de las fuerzas en el reino, para lo cual convenía que el Elector le hiciese saber la calidad y la importancia de su partido en España. El, por su parte, enviaría un Embajador a Madrid, y según sus informes resolvería lo que procediese para el caso de morir el Rey Católico, acontecimiento que se podía esperar remoto gracias al restablecimiento de salud.» (Torcy, *Op. cit.*, t. I. pág. 12.)

informó con pleno conocimiento de la realidad (1). Los despachos de entrambos, eran la única fuente de noticias diplomáticas de que París disponía, al punto de que las instrucciones dadas a Harcourt con fecha 23 de diciembre de 1697, se inspiran en una comunicación de Duval. Este, que estuvo en España en el curso del año 1697, con el encargo, entre otros varios, de averiguar la actitud de la opinión, respecto de Baviera, trajo los informes que se utilizaron luego para redactar las instrucciones a Harcourt.

Se dice en ellas que Maximiliano Manuel ha estado en trato con Guillermo III para el transporte de sus tropas a España, negándose al fin el Rey de Inglaterra a toda intervención hasta que el Monarca español designe heredero por testamento. Se explica luego cómo al término de la guerra tuvo el Elector que desistir del envío de fuerzas armadas y procuró concertarse con Francia. Se añade, en fin, que Luis XIV no quiere contraer compromiso ninguno con Baviera, aunque ignora si habrá de hacerlo más adelante, porque desconoce también a ciencia cierta qué queda en pie de la gran Alianza.

Heigel (2) habla de un documento, fechado en enero de 1698 y redactado, probablemente por Prielmayr, en que Luis XIV hace al Elector grandes ofrecimientos, que llegan hasta el apoyo para procurarle la Corona imperial, a cambio de su alianza. No vale la pena de detenerse en analizar esas promesas, que, si existieron, no se habrían podido cumplir.

Volvamos, en cambio, la atención hacia la marcha de los asuntos en España, donde Harrach persistía con inútil tenacidad en gestionar cerca de la Reina la admisión de las tropas austriacas, como si las potencias marítimas, con las cuales había que contar para el transporte, no hubiesen retirado sus ofertas (3).

---

(1) Morel Fabio, *Recueil des instruccions données aux Ambassadeurs et Ministres de France depuis los traités de Westphalie, jusqu'a la Revolution, Espagne.* (T. I, págs. 445 y siguientes.)

(2) Heigel. *Op. cit.*, pág. 135.

(3) «La paz firmada en Ryswick opuso un nuevo obstáculo para el transporte de las tropas del Emperador a España. Hacían falta barcos; Inglaterra y Holanda los hubiesen facilitado durante la guerra; pero la paz cambiaba esta disposición.» (Torcy. *Op. cit.*, pág. 25.

Gestionó el asunto Auersperg, por encargo del Emperador, sin obtener respuesta definitiva. Guillermo III trató el caso con Heinsius, pero se volvió a Inglaterra sin adoptar ninguna conclusión. Heinsius, por su parte, contestó a Auersperg el 14 de noviembre de 1697, que antes de seguir negociando sobre este extremo, importaba dejar bien sentadas dos cosas: que Maximiliano Manuel estaba de acuerdo con el Emperador en lo referente al porvenir de los Países Bajos y que el Rey de España había reconocido al Archiduque como su legítimo heredero (1).

Mas, como Quirós, justamente alarmado de aquella inteligencia entre el Emperador y el Elector bávaro, para desmembrar la Monarquía española, trabajó cuanto pudo contra ella, quedó todo como estaba (2). Además, la guerra contra los turcos impedía a Viena disponer del dinero necesario para la expedición militar a España.

Así, pues, aun secundados por la Reina, resultaban inútiles los esfuerzos de Harrach y tampoco se aquietaban los enemigos de Doña Mariana, puesto que por conducto del Embajador español en Viena se quejaron en noviembre de 1697 de que ésta

---

(1) «... El Pensionario ha insistido especialmente sobre dos puntos: que estemos de acuerdo con Baviera sobre los Países Bajos españoles y que el testamento del Rey de España sea en favor de S. M. Imperial.» (Kaunitz al Emperador Leopoldo I. El Haya, 15 de noviembre de 1697. En Gaedeke, t. I. Apéndice, pág. 81.)

«... Parece ser también que el Rey Guillermo quiere asegurar a Baviera el Gobierno de los Países Bajos, para lo cual el Pensionario nos ha dado a entender que para tranquilizar al Elector hay que asegurarle que V. M. no impedirá su perpetuación en ese Gobierno, evitando de este modo que busque otro camino.» (Auersperg al Emperador. El Haya, 13 de noviembre de 1697. Gaedeke, t. I. Apéndice, pág. 81.)

(2) «No debo dejar de decir a V. M. con el respeto debido, que según me ha confesado Quirós, los Consejeros secretos de S. M. Católica le han escrito por el último correo advirtiéndole que V. M. intenta perpetuar el Gobierno de los Países Bajos en el Elector de Baviera, lo cual equivale a ceder para siempre este país al Elector. Los Consejeros se oponen resueltamente a desmembrar este país de la Monarquía española... También el Príncipe de Vaudemont me ha dicho haber oído... que el Rey Guillermo y los Estados generales pensaban perpetuar al Elector en los Países Bajos...» (Auersperg al Emperador Leopoldo. El Haya, 22 de noviembre de 1697. Gaedeke, t. I. Apéndice, pág. 86.)

y la Berlepsch intervenían en los negocios públicos a espaldas de los Ministros.

No desmayaba, sin embargo, Doña Mariana que hizo nombrar Consejero de Estado al Cardenal Córdova, para contrarrestar con este partidario suyo la influencia hostil de Portocarrero; pero bien advertida de la realidad, contestaba el 27 de noviembre a las insistentes súplicas de Harrach, acerca de la traída de tropas imperiales «que no debía hacerse ilusiones, porque mientras no llegasen los galeones de América, no se dispondría de recursos».

Asimismo fracasó otro empeño del Emperador, sobre el cual habremos de volver más adelante: el de atribuir al Archiduque Carlos el Gobierno de Milán, a semejanza de lo hecho en los Países Bajos con Maximiliano Manuel. Convertido el Archiduque en súbdito español no podía menos de ganar terreno su candidatura, y ante el mal cariz que sus restantes proposiciones tomaban consagró Harrach todos sus esfuerzos a prevalecer en este intento.

El 19 de octubre de 1697 escribía Leopoldo a su Embajador que mientras se negociaba con Holanda el transporte de las tropas, sin las cuales sería inútil enviar a su hijo a España, convendría procurarle el Gobierno de Milán, «donde estaría mas a mano».

Escarmentado Harrach por las últimas experiencias, temeroso de que paralizase a la Reina el miedo a la impopularidad y convencido de que el único personaje fiel al Emperador, el Landgrave de Hessen, no era lo suficiente poderoso para servir los intereses austriacos, procedió, de acuerdo con éste, a insistir cerca de Doña Mariana en la necesidad de perdonar a Oropesa, el Ministro de más positivo valer en la España de entonces. La terquedad de la Reina se encastilló en la negativa, «porque siendo ella quien le echó, no le podía volver a llamar», sin que el Landgrave tuviese mejor fortuna que Harrach.

La explicación que dió luego Doña Mariana fué que con la vuelta de Oropesa se ofendería el Almirante, el cual sería muy pronto Valido.

Era, en efecto, el Almirante de Castilla, Conde de Melgar, figura preeminente en la Corte española. No desempeñaba ningún cargo, pero así los negocios de Estado como las intrigas políticas pasaban siempre por su mano. Su biógrafo, Fernández Duro, escribe: «Engañaba al capuchino (Padre Gabriel de Chiusa), criado en las montañas del Tirol, que se dejaba guiar por él; engañaba a la Reina, a la camarilla del Padre Matilla (Confesor del Rey), a la Berlepsch, Larrea, Carpanis y otras sabandijas, que se movían a sus impulsos; engañaba a todo el mundo, a fin de huir de los trabajos del Despacho, reservándose la provisión de puestos y gracias, a espaldas de los Ministros, y continuar su carrera triunfal de dominación y aniquilamiento» (1).

Sus preferencias políticas parecen haber sido, salvo alguna que otra vacilación, las del partido austriaco. En la guerra de Sucesión defendió a Carlos III contra Felipe V; y si Maximiliano Manuel lo juzgó el más firme de sus partidarios fué porque, adicto incondicional de la Reina, evolucionó al par que ella en su aproximación a Baviera.

Las memorias de aquel tiempo han forjado una novela en torno de sus relaciones con Doña Mariana, continuación de la que tiene por protagonista al Landgrave de Hessen. Se trata, seguramente, de otra caprichosa invención, no admitida por historiadores serios como Fernández Duro. El Conde de Melgar fué, durante su turbulenta juventud, héroe de no pocas aventuras amorosas, pero con Doña Mariana no parece que le uniese sino una leal amistad.

Gran triunfo había sido para la causa austriaca el nombramiento de Virrey de Cataluña, recaído en el Landgrave de Hessen; sólo él era capaz de organizar la defensa de aquel territorio, como el Emperador lo deseaba, y fué menester todo el influjo de Doña Mariana para imponerse a los Ministros, enemigos de gastos militares.

Fué, en cambio, una derrota la provisión del Gobierno de

---

(1) Cesáreo Fernández Duro. *El último Almirante de Castilla*. Madrid, 1903, págs. 50 y 51.

Milán, que no recayó en el Archiduque, como deseaba y pidió Leopoldo, sino en el Príncipe de Vaudemont (1).

Sin duda faltó esta vez el concurso de Doña Mariana, que de haber tomado con empeño la pretensión de su tío, lograra también complacerle, tanto más cuanto que lo conseguido en Cataluña no compensaba ni en parte el descalabro de Milán. Es de suponer que para procurar al Landgrave el Virreinato no influyese sólo la recomendación del Emperador, sino el sincero afecto que la Reina profesaba a su deudo, no extensivo al Archiduque. Este episodio inicia el cambio en la actitud de Doña Mariana, cuyo fervor por la causa austriaca habían entibiado los últimos acontecimientos. No es verosímil que se decidiese ya entonces por ningún otro de los pretendientes al trono español, subsistiendo su antipatía contra Baviera y rotas aún las relaciones diplomáticas con Francia; pero, desde fines del año 1697, debió de advertir Harrach el mal cariz que tomaban sus gestiones.

En la audiencia que le otorgó el Rey el 12 de septiembre

---

(1) «Dicen de España que S. M. C. ha dado por fin el Gobierno del Milanesado al Príncipe de Vaudemont, a pesar de que se oponían a ello los grandes del Consejo. La camarilla de la Reina ha podido más; ha hecho dar también el Virreinato de Cataluña al Príncipe de Darmstadt, pariente suyo.» (Dangeau, tomo VI, pág. 250.)

Vaudemont, hijo del Duque Carlos IV de Lorena, había sido nombrado por recomendación de su amigo el futuro Rey Guillermo III, General de las tropas españolas en los Países Bajos bajo el Elector de Baviera. Según St. Simon fué Guillermo quien le recomendó al Emperador, que a su vez lo hizo a la Reina y su séquito. St. Simon considera el nombramiento de Vaudemont un triunfo del partido austriaco en España. Después de lo que hemos dicho y de los esfuerzos del Emperador para hacer nombrar a su hijo Gobernador de Milán, se advierte el error de St. Simon. Merode Westerlóo cree que Vaudemont tenía relaciones con Francia y preparaba ya por entonces su adhesión al partido francés. Esto parece lo más probable, puesto que el Emperador quería que fuese su hijo a Milán.

Juan Guillermo, consejero de Mariana en asuntos políticos, habla muy mal de Vaudemont, a quien llega a calificar de «mignon» de Guillermo III. (Juan Guillermo a Mariana, 14 de agosto de 1697. St. A., caja azul, 46/14.)

La Condesa de Berlepsch escribe el 16 de enero de 1698, que «el Rey había negado Milán al Archiduque. Vaudemont lo tiene ya en firme.» (St. A., caja a., 59/14.)

de 1697 había creído hallar a Carlos II bien dispuesto para la venida de las tropas imperiales. En la de 9 de enero de 1698, repitió a Su Majestad: «Que el Emperador consentía en enviar 20.000 hombres a España y que había dado orden a sus representantes en El Haya para que negociasen lo relativo al transporte de esos soldados.» Añadió, en fin, que las potencias marítimas aguardaban tan sólo la decisión de Madrid. Como no obtuviese respuesta favorable, pasó Harrach a tratar del negocio de Milán, y, dando por supuesto que la resolución de nombrar a Vaudemont no era definitiva, insinuó que «lo mejor sería dar ese gobierno al Archiduque». El Rey contestó lacónicamente que lo pensaría, y el Embajador interpretó esta frase como una negativa.

No tuvo Harrach mejor fortuna en la audiencia que al siguiente día le otorgó la Reina; e irritado con su fracaso, incurrió en una lamentable torpeza diplomática, que consistió en quejarse a la Berlepsch de que por falta de apoyo de la Reina se vería precisado a salir de Madrid, y (cuando le preguntó la Condesa cual sería la suerte de Doña Mariana después de muerto su marido) en contestar que la recluirían dentro de un convento (1). Tuvo desde entonces Harrach la enemiga de la Reina y de su confidente, que no le perdonaron nunca sus veladas amenazas; a sus observaciones contra el Almirante contestaron que Su Ma-

(1) «Visité a la Berlepsch, y como ella misma me confesó lo odiado que es el Almirante, aproveché la ocasión para lamentarme del pésimo camino que llevan los negocios del Señor Emperador, el cual no tiene aquí amigos; porque a la Reina la odian, y los favores que hace, siendo muchos, no la aprovechan, a causa de que se fía sólo del Almirante, enemigo de la nobleza y del pueblo. Por esta razón —añadí— pido en cada correo a S. M. I. que me dé licencia para marcharme. ¡Ay, Díos mío! —exclamó ella—, qué sería de nosotros si el Rey muriese. Para mí no ofrece duda —contesté—. Meterían a la Reina en un Convento, como estuvieron a punto de hacer con la anterior Reina viuda; dándose ella por muy satisfecha de que la mandasen a Toledo y la dejasen vivir allí desterrada. Conté este caso que yo había presenciado por estar entonces en Madrid y haber asistido a la Reina y escuchado sus lamentaciones, pidiendo que la dejasen volver a Alemania. El relato impresionó tanto a la Berlepsch, que se echó a llorar.» (*Tagebuch*, 10 de enero de 1698.)

jestad le daría pronto puesto preeminente en el Gobierno; y el propio Almirante se permitió aconsejarle, con descaro zumbón, que se hiciesen venir las tropas imperiales por el Mediterráneo, ya que las potencias marítimas no eran de fiar (1).

La inconsistencia de Doña Mariana la hacía aparecer burlándose de las gentes; porque a raíz de esto prometió a Harrach obtener el testamento a favor del Archiduque, si él a su vez conseguía en Viena el matrimonio del Rey de Romanos José, primogénito del Emperador, con una Princesa de la Casa de Hessen. De este modo mezclaba la política con sus personales antojos.

A comienzos de 1698 reanudó Juan Guillermo su ofensiva epistolar contra Maximiliano Manuel, que se mostraba rehacio en evacuar el Luxemburgo. Aprovechando su próximo viaje a Baviera debería el Rey destituirle y poner en lugar suyo a Carlos Felipe de Neoburgo (2). La indignación del Elector palatino subió de punto cuando Maximiliano Manuel, no contento con estorbar el acceso de las tropas palatinas al Luxemburgo, logró que las bávaras entrasen en los Países Bajos. Juan Guillermo estaba seguro de que esto había acontecido contra la voluntad de

---

(1) *Tagebuch*, 16 de enero de 1698.

(2) «El Elector de Baviera no se da prisa ninguna a evacuar el Luxemburgo; y como lo alarga cuanto puede, Francia estaba decidida a proceder por sí a la evacuación el 25 de los corrientes; pero tuvo que suspenderlo por no estar ultimados los preparativos, con lo cual continúan los peligrosos manejos de Baviera. Aunque no me los han pedido, he dado orden de que se pongan en marcha mis tres batallones de infantería y el regimiento de dragones, y he advertido al Conde de Eltern para que extreme el cuidado, porque Baviera procurará hacerle incurrir en falta. Se dice que el Elector se propone hacer un viaje a Baviera en la primavera próxima. Sería ocasión muy propicia para que S. M. adoptase una resolución enérgica para cambiar el Gobierno de los Países Bajos, ya que es evidente que ni en guerra ni en paz puede esperar nada bueno del Elector de Baviera. Convendría que usted lo recomendase muy calurosamente a la perspicacia de S. M.»

(Al margen.) «Me escriben de varios sitios que se va a dar ese Gobierno a mi querido hermano Carlos Felipe. Ya comprenderá usted cuanto me alegraría, porque el Gobierno de Bruselas sería mara mí de gran utilidad.» (Carta de Juan Guillermo a la Condesa de Berlepsch, 18 de enero de 1698. St. A., caja a., 59/14.)

la Reina y la excitaba para que se aplicase con más ahinco a estorbar las miras ambiciosas del Elector de Baviera (1).

No acogía mal Doña Mariana estas indicaciones de su hermano. El 14 de febrero le contestaba que era, en efecto, inverosímil la audacia con que Maximiliano Manuel se obstinaba en impedir el acceso al Luxemburgo de las tropas palatinas, contra las órdenes expresas del Rey, de las cuales adjuntaba copia (2).

Es, pues, evidente que a principios de 1698 subsistía aún la hostilidad de la Reina contra Baviera; antes de finalizar ese mismo año las combinaciones políticas la harían variar radicalmente de rumbo. El Embajador francés, Marqués de Harcourt, se hallaba ya camino de Madrid. «Viene tan de prisa—escribe melancólicamente Harrach—para impedir nuestra aproximación a España» (3).

El Embajador alemán influyó cuanto pudo para que se retrasase la audiencia de su rival, ayudándole en esto otra grave enfermedad del Rey. Durante ella, y por miedo al convento, tornó Doña Mariana a buscar el amparo de Harrach. Pero la situación de las cosas al llegar Harcourt a Madrid no podía ser más favorable a las intenciones del Embajador francés.

PRÍNCIPE ADALBERTO DE BAVIERA,
Correspondiente.

(Se continuará.)

---

(1) «Es inconcebible que hayan podido entrar 10.000 soldados bávaros en los Países Bajos, cuando el Elector, además de esr pretendiente a la sucesión de la Monarquía, observa una conducta tan sospechosa y no puede sostener a esas tropas por su propia cuenta. Tengo la certeza de que la Reina no ha prestado su consentimiento, y lo hubiese impedido a ser posible » (Carta de Juan Guillermo a la Condesa Berlepsch de 15 de febrero de 1698. St. A., caja a., 59/14.)

(2) Mariana a Juan Guillermo. Madrid, 14 de febrero de 1698. (St. A., caja a., 46/14.)

(3) *Tagebuch*, 17 de febrero de 1698.